

## 1. DON RUA “EL FIDELÍSIMO DE DON BOSCO”

*Primera parte del Documento «Sucesor de Don Bosco: hijo, discípulo, apóstol» escrito por el Rector Mayor Pascual Chávez para presentar la figura humana y espiritual del Beato Miguel Rúa.*

«Don Rua fue el fidelísimo, y por eso el más humilde y al mismo tiempo el más valiente hijo de Don Bosco» [3]. Con estas palabras dichas con tono resuelto, el 29 de octubre de 1972, el Papa Pablo VI esculpió para siempre la figura humana y espiritual de Don Rua. El Papa, en aquella homilía pronunciada bajo la Cúpula de San Pedro, delineó al nuevo Beato con palabras que casi cincelaron esta característica suya fundamental: la fidelidad. «Sucesor de Don Bosco, es decir continuador: hijo, discípulo, imitador... Hizo del ejemplo del Santo una escuela, de su vida una historia, de su regla un espíritu, de su santidad un tipo, un modelo; hizo de la fuente, una corriente, un río». Las palabras de Pablo VI elevaban a una altura superior la historia terrena de este «sutil y enflaquecido perfil de sacerdote». Descubrían el diamante que había brillado en la trama suave y humilde de sus días.

Había empezado un día lejano con un gesto extraño. Con ocho años, huérfano de padre, con una ancha cinta negra cosida por su madre en la chaqueta, había tendido la mano para obtener una medallita de Don Bosco. Pero a él, en vez de la medalla, Don Bosco le había entregado su mano izquierda, mientras que con la derecha hacía el gesto de cortársela por la mitad. Y le repetía: «Tómala, Miguelito, tómala». Y ante aquellos ojos bien abiertos que le miraban sorprendidos, había dicho seis palabras que serían el secreto de su vida: «Nosotros dos lo haremos todo a medias».

Y en lenta progresión comenzó aquel formidable trabajo compartido entre el maestro santo y el discípulo que hacía a medias con él todo y siempre. En los primerísimos años Don Bosco quiso que Miguel estuviese con él, pero que cada noche volviese a cenar y a dormir con su madre, la señora Giovanna María. Pero cuando venía al Oratorio, Don Bosco, ya en aquellos primeros años, quería que estuviese junto a él también en la mesa. [4] Miguel empezaba a asimilar así la manera de pensar y de conducirse de Don Bosco. «Me hacía más impresión –dirá más tarde– observar a Don Bosco en sus actos más menudos, que leer y meditar cualquier libro devoto». [5] Estando con Don Bosco, tenía que acumular en aquel cuerpo minúsculo tanta serena fuerza que le bastase para toda la vida, en la que debería desplegar una energía continua.

### **Las seis palabras misteriosas que vuelven**

El 3 de octubre de 1852, durante la excursión que los mejores jóvenes del Oratorio hacían todos los años a I Becchi por la fiesta de la Virgen del Rosario, Don Bosco le hizo ponerse el hábito eclesiástico. Miguel tenía 15 años. Por la noche, volviendo a Turín, Miguel venció la timidez y le preguntó a Don Bosco: «¿Recuerda nuestros primeros encuentros? Yo le pedí una medalla, y usted hizo un gesto extraño, como si quisiese cortarse la mano y dármele, y me dijo: ‘Nosotros dos haremos todo a medias’. ¿Qué quiso decir?». Y él respondió: «Pero querido Miguel, no lo has entendido aún? Pues está clarísimo. Pero irás teniendo más años y comprenderás mejor lo que quería decirte: En la vida nosotros dos lo haremos siempre todo a medias. Dolores, preocupaciones, responsabilidades, alegrías y todo lo demás lo tendremos en común». Miguel quedó en silencio, lleno de silenciosa felicidad: Don Bosco, con palabras sencillas, le había hecho su heredero universal. [6]

Don Julio Barberis había sido elegido primer maestro de novicios salesianos, porque Don Bosco había descubierto en él un finísimo explorador y educador de almas. Con

diez años menos, vivió junto a Miguel Rua 49 años como discípulo, hermano, confidente, amigo. Y en el proceso de beatificación fotografió así su íntima personalidad: «Su empeño fue siempre entrar en las ideas de Don Bosco, renunciar al propio punto de vista y a los propios criterios, para conformarse» a la visión de Don Bosco. «Apenas supo que tenía intención de fundar la Congregación Salesiana, inmediatamente, el primero, le hizo voto de obediencia». Era el 25 de marzo de 1855 y Miguel tenía 18 años. «Desde entonces no pensó más que renunciar a su voluntad para hacer la voluntad del Señor expresada por Don Bosco». [\[7\]](#)

Don Bosco no le mandaba nada; sólo le hacía conocer sus deseos. Y para Miguel eran órdenes, sin pensar en lo que le iban a costar. Fueron deseos de Don Bosco, prontamente realizados por Miguel, la enseñanza de la religión a los jóvenes internos, el cuidado de los enfermos de cólera en la terrible peste de 1854, la enseñanza del novísimo y complicado sistema métrico decimal, la asistencia constante en el enorme comedor, en el patio, en la iglesia, la dirección del Oratorio festivo de San Luis cuando don Leonardo Murialdo tuvo que retirarse, la copia, hecha de noche, con su nítida y ordenada caligrafía, de las páginas enmarañadas de la Historia de Italia de Don Bosco y de las páginas atormentadas de las primeras Reglas de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Al comienzo de 1858 Don Bosco tuvo que bajar a Roma con el Papa y lleva consigo a Miguel Rua. Tiene la memoria fresca y ágil de sus 21 años, y anota cada detalle. Escucha al Papa hablar con Don Bosco. Los días siguientes acompaña a Don Bosco en la visita a Cardenales y a grandes personalidades, y ve la extraordinaria estima que todos tienen de él.

### **Dos asuntos urgentes: uno para Don Bosco y el otro para Miguel**

Cuando en abril de aquel 1858 vuelven a Turín, hay dos asuntos urgentes que resolver. Don Bosco toma uno para sí y el otro se lo confía a Miguel. Al irse a Roma, Don Bosco había confiado la dirección del Oratorio a don Víctor Alasonatti, un sacerdote piadoso, pero más bien tímido, que tenía tres años más que él y que había ido a ayudarlo. Don Bosco había querido siempre el Oratorio como una gran familia. Don Alasonatti, en los meses de ausencia de Don Bosco, lo había transformado en un disciplinado cuartel. Don Bosco le dice a Miguel: «Hay que reconstruir lo antes posible la gran familia. Ponte a ello». Y él piensa. Se propone como cometido 'hacer de Don Bosco'.

Don Bosco, que sigue satisfecho su trabajo, debe dedicarse completamente al segundo asunto urgente: ahora que tiene el aliento del Papa, debe fundar la Congregación Salesiana. Muchos jóvenes buenos, crecidos y ayudados por él, le han prometido en el pasado dedicarse junto a él a los jóvenes más pobres, uniéndose en una Sociedad. Pero al llegar a lo concreto, no se han sentido animados a ir adelante y lo han dejado solo. Ahora Don Bosco, en los meses que siguen, tiene que apurar el tiempo, encontrar uno por uno a la veintena de jóvenes que han decidido formar la primera Sociedad Salesiana. Debe reunirlos aparte con frecuencia, hablar con calma, explicar, aclarar, resolver dudas, vencer perplejidades. A veces lo logra, como con Juan Cagliero, a veces no, como con José Buzzetti.

Con Miguel Rua no tiene ni siquiera que hablar. Los días de diciembre de 1859 próximos a la primera reunión oficial de los 'inscritos' en la Sociedad Salesiana, Miguel Rua los pasa haciendo ejercicios espirituales para la ordenación como subdiácono, el 17 de diciembre. Para él es obvio: lo antes posible será un sacerdote de Don Bosco.

El 18 de diciembre de 1859 es domingo. Por la noche, dieciocho personas se reúnen en la habitación de Don Bosco, que en ese momento es el Belén salesiano. Está realizándose la reunión de la fundación de la «Pía Sociedad de San Francisco de Sales», es decir, de los Salesianos. Los dieciocho rezan, declaran que se quieren unir en Sociedad para santificarse a sí mismos y para dedicar la vida a los jóvenes abandonados y en peligro. Se tienen las primeras elecciones. A Don Bosco, el fundador, le quieren todos como primer Superior general. El subdiácono Miguel Rua, de 22 años, es elegido como Director Espiritual de la Sociedad. Deberá, junto con Don Bosco, trabajar en la formación espiritual de los primeros Salesianos. Miguel no toma este nuevo cometido como un cargo 'ad honorem'. Julio Barberis, que está entre los jovencísimos y asiste a sus lecciones formativas, testimonia: «Era diligentísimo en prepararse a las clases y a estimularnos al estudio».[\[8\]](#)

### **Una carta profética en la mesilla**

El 29 de julio de 1860 Miguel Rua es ordenado sacerdote. Juan Bautista Francesia, siempre a su lado, testimonia: «Su preparación fue extraordinaria. Pasó la noche de la víspera en oraciones y piadosas meditaciones».[\[9\]](#) Por la noche de aquella jornada festiva e importantísima, Don Rua sube a la buhardilla que le sirve de alcoba, y encuentra en la mesilla una carta de Don Bosco. Lee: «Tú verás mejor que yo la Obra Salesiana pasar las fronteras de Italia y establecerse en muchas partes del mundo. Tendrás que trabajar y que sufrir mucho; pero, tú lo sabes bien, sólo a través del mar Rojo y del desierto se llega a la Tierra Prometida. Sufrir con valentía; y tampoco aquí abajo te faltarán los consuelos y las ayudas del Señor».

Ya es '«don» Rua' y vuelve diligentemente a asumir todas sus ocupaciones. Juan B. Francesia, a quien la carga de trabajo de Don Rua le parece excesiva, dice por aquellos días a Don Bosco: «¿Pero por qué le hace hacer tantas cosas?». Y oye que le responde: «Porque Ruas tengo solo uno».[\[10\]](#) Año tras año el Oratorio se va convirtiendo en una casa inmensa. Cada año los jóvenes crecen en número de un modo increíble. Llegarán a 800, de los que 360 serán artesanos. Los Salesianos, que crecen también de año en año, están entregados a las clases, los talleres, los enormes patios. Para trabajar y coordinar el trabajo de todos, con la supervisión de Don Bosco, está Don Rua. Don Julio Barberis, que es ya un sabio maestro de novicios, al pasar los años testimoniará: «Tantas ocupaciones a cualquiera podrían dejar sin tiempo para la oración y el espíritu religioso. En Don Rua el espíritu de oración y de meditación era como connatural. La obediencia a su Superior era de grado admirable. Había empezado en aquel tiempo una vida de mortificación y de negación de sí mismo verdaderamente extraordinaria. Yo, que había entrado hacía poco en la Casa de Don Bosco, estaba asombrado. Recuerdo que, hablando con los amigos, estábamos todos convencidos de que era un santo. Y también Don Bosco estaba convencido, y nos lo decía».[\[11\]](#)

### **Ser Don Bosco en Mirabello Monferrato**

En 1863 Don Bosco hizo dar a su Obra un paso decisivo. Funcionaba bien en Valdocco, porque para dirigirla estaba la figura carismática y paterna de Don Bosco. Pero trasplantada en otro lugar, sin Don Bosco, ¿funcionaría? En la primavera de aquel año, Don Bosco tuvo con Don Rua, que tenía 26 años, una reunión confidencial e intensa. «Tengo que pedirte un gran favor. De acuerdo con el Obispo de Casale Monferrato he decidido abrir un 'Seminario Menor' en Mirabello. Pienso mandarte a ti para dirigirlo. Es la primera obra que los Salesianos abren fuera de Turín. Tendremos mil ojos encima de nosotros. Yo tengo plena confianza en ti. Te doy tres ayudas: cinco de los Salesianos más seguros, entre los cuales está don Bonetti que será tu 'vice'; un

grupo de muchachos, escogidos entre los mejores, que llegarán de Valdocco para continuar las clases allí y para que sean fermento entre los muchos nuevos que recibas; contigo irá también tu madre».

Don Rua parte en octubre. Don Bosco le ha escrito cuatro páginas con consejos preciosos que se copiarán después para cada nuevo Director salesiano: se consideran como uno de los documentos más claros del sistema educativo de Don Bosco. Entre otras cosas, escribió: «Todas las noches debes dormir al menos seis horas. Trata de hacerte amar antes que hacerte temer. Intenta pasar en medio de los jóvenes todo el tiempo del recreo. Si aparecen cuestiones de cosas materiales, gasta todo lo que haga falta, con tal de que se conserve la caridad». Don Rua resume todos estos consejos, que para él son órdenes, en una sola frase: «En Mirabello trataré de ser Don Bosco».

Después de algunos meses, la crónica del Oratorio, bajo la pluma de don Rufino, anota: «Don Rua en Mirabello se porta como Don Bosco en Turín. Está siempre rodeado de jóvenes, atraídos por su amabilidad, y también porque les cuenta siempre cosas nuevas. Al principio del año escolar recomendó a los profesores que no fuesen por entonces demasiado exigentes». Después de dos años el 'Pequeño Seminario' rebosa de muchachos que dan esperanza de vocación sacerdotal para la Diócesis de Casale y para la Congregación Salesiana. Entre ellos está Luis Lasagna, un muchacho inquieto, que llegará a ser el segundo Obispo misionero salesiano en América del Sur.

En el verano de 1865 en la Obra Salesiana de Valdocco las cosas no van bien. El administrador general don Alasonatti se está muriendo; fallecerá el 7 de octubre. Otros cuatro Salesianos de los más valiosos están fuera de combate por el trabajo agotador. El número de los jóvenes ha superado los 700. La construcción del Santuario de María Auxiliadora crece velozmente y exige gastos cada vez mayores. Don Bosco está sumergido en la necesidad de pedir limosna por medio de viajes, loterías, con una enorme mole de correspondencia. Hace falta una persona que tome con seguridad en su mano la situación: la vida disciplinada de los jóvenes, la gestión material de los talleres y de las escuelas, la vigilancia de los trabajos del Santuario. Personas de ese calibre Don Bosco sólo conoce una: Don Rua. Y lo manda inmediatamente llamar.

Don Provera, un gran Salesiano semi-invalído al que Don Bosco confía las tareas más delicadas y difíciles, llega a Mirabello. Entra en la dirección del Seminario Menor y encuentra que Don Rua está escribiendo una carta. «Don Bosco te pide que dejes la dirección a don Bonetti y vengas enseguida a Valdocco. Don Alasonatti está muriéndose. Cuando estés preparado, partimos». Don Rua llama a don Bonetti y le transmite algunas consignas. Después va a saludar a los muchachos que están en clase. Abraza a su madre diciéndole: «Don Bosco me llama. Tú por ahora quédate aquí: la cocina y el ropero te necesitan. Después ya te diré». Toma el breviario y le dice a don Provera: «Ya estoy dispuesto, vamos».

Wirth agudamente nota: «Le experiencia de Mirabello sirvió para desarrollar su espíritu de iniciativa personal, que tal vez habría sido un poco reservado si nunca hubiese estado lejos de Don Bosco». [\[12\]](#) En la acción de Don Rua en Mirabello había, sin embargo, algo más: era la prueba de que la Obra de Don Bosco podía trasplantarse, podía vivir y prosperar aun sin la presencia física de Don Bosco, con tal de que en la dirección hubiese una persona salesianamente valiosa: por esto el experimento positivo de Don Rua abrió horizontes sin fin para las Obras Salesianas.

**“Harás de Don Bosco aquí, en el Oratorio”**

Don Rua llega a Valdocco sin hacer ruido. Tiene un largo coloquio con Don Bosco que en síntesis le dice: «Has hecho de Don Bosco en Mirabello. Ahora lo harás aquí, en el Oratorio». Sobre sus frágiles hombros pone con confianza toda la responsabilidad: clases, talleres, jóvenes Salesianos que formar y estimular a los estudios y a los exámenes, la publicación de las Lecturas Católicas que cada mes deben llegar a miles de suscriptores, la construcción imponente del Santuario, la mayor parte de la correspondencia dirigida a él, que Don Rua debe leer, anotar y entregar a un Salesiano de confianza para que responda. «Yo debo ir de nuevo a Roma para la aprobación de nuestras Reglas. Estaré ausente más o menos dos meses, y conmigo llevaré a don Francesia. Te dejo todo. Alrededor de ti hay óptimos Salesianos. Mira cuáles son sus dotes, escógelos y ponlos a trabajar donde mejor creas. Además de trabajar, tendrás que coordinar el trabajo de los demás».

Don Rua se levanta tempranísimo. Dice la misa, hace la meditación de rodillas y reza como un ángel. Después se pone a trabajar con aquella concentración especial que él solo posee. Los Salesianos y los jóvenes que no lo veían desde hacía dos años, se dan cuenta de que algo profundo ha cambiado en él. No es ya el 'prefecto de disciplina'. Entre los ochenta muchachos de Mirabello y ahora entre los setecientos de Valdocco, ha aprendido a ser como Don Bosco el 'director-padre'. La mano que empuña el mando es fuerte, pero el modo es afable y cariñoso.

Los trabajos son verdaderamente muchos. Se hacen pesadísimos en los meses en que se debe terminar la construcción del Santuario de María Auxiliadora: en el otoño de 1866 se pone la última piedra de la cúpula; ocho meses de trabajos intensos para las obras y los remates del interior; el 9 de junio 1867 es la solemne inauguración seguida por ocho días de funciones a altísimo nivel. «Durante todo aquel mes de junio –observa el concienzudo autor salesiano Augustin Auffray– no duerme más de cuatro horas cada noche. Tenía que preverlo todo, organizar, decidir, vigilar, animar» [\[13\]](#), mientras que Don Bosco estaba abrumado por una muchedumbre que quería hablar con él, recibir una bendición, obtener de la Virgen una gracia, entregar una limosna.

[\[3\]](#) Pablo VI, *Homilía en la beatificación de Don Rua*, Roma, 29 de octubre de 1972

[\[4\]](#) M. Wirth, *Da Don Bosco ai nostri giorni*, LAS Roma 2000, p. 265.

[\[5\]](#) A. AMADEI, *Il Servo di Dio Michele Rua*, vol I, SEI Turín 1931, p. 30.

[\[6\]](#) Cf. A. AUFRAY, *Don Michele Rua*, SEI Turín 1933, p. 30.

[\[7\]](#) *Positio*, p. 912.

[\[8\]](#) *Positio*, p. 51.

[\[9\]](#) *Positio*, p. 72.

[\[10\]](#) Cf. *Positio*, p. 71.

[\[11\]](#) *Positio*, pp. 48-49.

[\[12\]](#) M. WIRTH, o. c., p. 267.

[\[13\]](#) A. AUFRAY, o. c., p. 104.

